



puntos de referencia

CENTRO
DE ESTUDIOS
PÚBLICOS

EDICIÓN DIGITAL
N° 571, JUNIO 2021

HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

CICLO *LAS DERECHAS CHILENAS: MIRADAS DESDE EL PRESENTE* (2)

Prácticas y avatares de la derecha chilena: ¿de la moderación programática a la renovación?

STÉPHANIE ALENDA

Las prácticas políticas de las derechas: una aproximación desde el Congreso y la vida partidaria

ERNESTO SILVA

El ciclo *Las derechas chilenas: miradas desde el presente* fue organizado por el Centro de Estudios Públicos en tres sesiones que se realizaron entre agosto y septiembre de 2020. En este *Puntos de Referencia* se incluyen las contribuciones de Stéphanie Alenda y Ernesto Silva. Este encuentro tuvo lugar el martes 25 de agosto de 2020. La versión en video está disponible en el canal de YouTube del Centro de Estudios Públicos en <https://www.youtube.com/watch?v=pYEHsHiXiJo&t=218s>.



Prácticas y avatares de la derecha chilena: ¿de la moderación programática a la renovación?

STÉPHANIE ALENDA

- En la primera parte de este documento, buscamos examinar los efectos para la derecha del tránsito de una práctica de influencia asociada a determinado tipo de estructura organizacional (el “partido de cuadros”), a una estrategia electoralista propia de partidos que crecen y adquieren una vocación gubernamental. En la segunda parte, nos preguntamos cuáles son las matrices doctrinarias que orientan actualmente las prácticas, más allá de la batalla por las ideas, con miras a imponer una definición hegemónica de la derecha.
- Durante las dos primeras décadas posteriores a la recuperación de la democracia, la derecha chilena se caracterizó por su poder de influencia sin tener la necesidad de someter a un cuestionamiento su ideario, dada la aceptación cuasi transversal de su modelo de sociedad. La elección de 1999-2000 marca un primer punto de inflexión, pues se comprueba la efectividad de la moderación programática adoptada desde entonces por diferentes actores, con efectos duraderos sobre las prácticas partidistas. La Unión Demócrata Independiente en particular pierde su carácter monolítico para constituirse en una opción electoral mayoritaria de tipo *catch-all*. Desde mediados de los años 2000, el resquebrajamiento del *statu quo* marca un segundo hito importante que reactiva el debate de ideas en el sector.
- Recurriendo a datos de encuestas, sostenemos que estas evoluciones organizacionales se han producido paralelamente a cambios culturales que acompañaron el proceso de modernización económica, a los que ni las élites ni el electorado de derecha han sido inmunes. Una parte significativa de ellos comparte en efecto las demandas de la sociedad por un modelo de Estado solidario y mayores libertades personales.
- En la segunda parte del documento, vemos cómo la reactivación del debate de ideas en la coalición se ha expresado a través de la contraposición entre dos derechas, en el marco de disputas sobre la identidad del sector: una derecha “economicista” versus una derecha “histórica y política”; una derecha “social” versus otra “economicista” o tecnocrática. Mostramos que la apelación a argumentos de corte tecnocrático y economicista —así como la adhesión a un discurso anti-partidista— estuvo presente en la derecha del siglo XX, que el economicismo no es patrimonio exclusivo del “Chicago-gremialismo”, y que no se puede suponer que haya sobrevivido incólume hasta el día de hoy. Tampoco debe ser exagerada la dicotomía entre una derecha tecnocrática y la derecha social o poblacional.
- Separamos por último los usos políticos que se dan a ciertas categorías de las matrices doctrinarias —el liberalismo y el comunitarismo— a partir de las cuales se está actualmente reconfigurando la oferta política del sector, con mayores coincidencias en el eje redistributivo que en el moral.

Palabras clave: derecha, partido de cuadros, Unión Demócrata Independiente, Renovación Nacional, Evópoli, liberalismo, comunitarismo.

STÉPHANIE ALENDA. Directora de Investigación Facultad de Educación y Ciencias Sociales, Universidad Andrés Bello. Presidenta del Comité de Investigación en Sociología Política (CPS).

Agradezco a Julieta Suárez-Cao y Carmen Le Foulon por sus comentarios sobre una primera versión de este texto.

En su libro sobre los partidos conservadores en América Latina, Middlebrook recordaba la importancia para la consolidación democrática de partidos conservadores electoralmente viables, que permitieran representar los intereses de las élites en el largo plazo (Middlebrook 2000, 7). Más recientemente, Ziblatt (2017) atribuía la consolidación de las democracias europeas a la existencia de partidos de centroderecha robustos, capaces de abrazar las virtudes de la acción política pragmática y contener el avance de los extremos. En el caso de Chile, la pregunta por la fortaleza organizacional de los partidos de derecha obliga a realizar un recorrido desde la posición de influencia que éstos ocuparon durante gran parte de la transición, hasta convertirse por primera vez en 2010 en una opción electoral mayoritaria.

¿Cuáles fueron los efectos para la derecha del tránsito de una estrategia de influencia asociada a determinado tipo de estructura partidista (el “partido de cuadros”), a otra estrategia electoralista propia de colectivos que crecen y adquieren una vocación gubernamental? ¿Cuáles son actualmente las matrices doctrinarias que orientan sus prácticas, más allá de las luchas por imponer una definición hegemónica de la derecha? En la primera parte de este trabajo, abordamos las prácticas políticas desde la estructura organizacional de los partidos. Evaluamos los factores externos e internos que pudieron incidir en los cambios en ésta: la opción por una acción política pragmática, un reclutamiento menos selectivo, pero también la influencia de las reformas políticas sobre la armazón de los partidos, los vínculos con sus entornos y la evolución sociocultural de sus dirigencias y bases de apoyo.

En una segunda parte, analizamos las prácticas desde las ideas, partiendo de la premisa que las primeras no son otra cosa que ideas en acción a las que se puede dar un uso político. Específicamente, examinamos las diferencias, pero también los puntos de encuentro, entre dos derechas que suelen ser contrapuestas en el marco de disputas sobre la identidad del sector: una derecha “economicista” versus una derecha “histórica y política” (Herrera, 2020); una derecha “social” versus otra “economicista” o tecnocrática (Quezada, 2015). Sostenemos que, más allá de aquellos usos polémicos, estas definiciones competitivas remiten a un corpus doctrinario que se expresa en la actualidad a través de las ideas matrices del liberalismo y del comunitarismo, y que es a partir de estas vertientes que se está reconfigurando la oferta política de centroderecha, con mayores coincidencias en el eje redistributivo que en el moral.

1.

LA ECLOSIÓN DE UNA OPCIÓN ELECTORAL MAYORITARIA

La literatura especializada sobre la derecha en América Latina muestra que ésta se caracteriza por contar con un núcleo central de apoyo compuesto por las clases altas y empresariales, y por desarrollar un patrón de acción basado en ejercer influencia sobre la agenda política (Gibson 1992, 15; 1996, 7; Luna y Rovira 2014) sin necesariamente llegar al control del Ejecutivo, ni buscar ese control. Asimismo, la representación de los intereses de este núcleo homogéneo no siempre se realiza a través del canal for-

mal de la política convencional, sino, entre otras modalidades, mediante el ejercicio de una hegemonía conservadora a través de organizaciones no partidarias de la sociedad civil: según Middlebrook (2000, 2, 41), medios de comunicación o *think tanks*; según Luna y Rovira (2014, 13), el *lobby* de grupos de intereses conservadores en el Congreso. Cabe notar que el hecho de privilegiar el poder de influencia por sobre la acción política organizada no es exclusivo de las derechas latinoamericanas, como tampoco lo son las reticencias que suscitó históricamente en las derechas la organización en partidos políticos (Sirinelli 1992). Es lo que explica en parte el peso en el sector de los independientes. Esto puede ser interpretado como una reminiscencia de la estructuración clásica de las derechas en partidos “de cuadros” (Duverger 1951), más preocupados de la calidad de sus miembros que de su número, también herederos del sufragio censitario del siglo XIX, vale decir que no buscaron dotarse de una estructura capaz de anclar sus proyectos en amplias mayorías sociales, a diferencia de los partidos “de masas”.

En Chile, ese poder de influencia caracterizó a la derecha durante las dos primeras décadas posteriores a la recuperación de la democracia, durante las cuales ésta no tuvo la necesidad de someter a un cuestionamiento su ideario constituido en gran medida a partir del llamado “Chicago-gremialismo” —en alusión a la confluencia entre el monetarismo de la Escuela de Chicago y la herencia del corporativismo católico tradicionalista de Jaime Guzmán—, dada la aceptación cuasi transversal de su modelo de sociedad. Esto la sumió en un letargo intelectual (Mansuy 2016).

Sin embargo, el *statu quo* comenzó a resquebrajarse a partir del agotamiento de los consensos y la consolidación democrática en la década de los 2000. Esta fecha coincide con el momento en que la derecha busca ampliar su base social y programática, lo que no implica abandonar del todo la estructura de los partidos “de cuadros” en los que el poder sigue concentrado en quienes ocupan cargos de elección popular a nivel parlamentario y local (*i.e.* los “notables”), pero sí transitar hacia otra estructura organizacional, la de partidos “de electores” (Charlot 1971). Este tipo de partido —variante del partido *catch-all* de Kirchheimer— busca conquistar una mayoría de electores mediante el rechazo al dogmatismo ideológico al que opone un fondo común de valores lo suficientemente amplio para ganar un máximo de adhesiones. Cabe suponer que la tendencia a acercarse a ese modelo se refuerza a medida que aumenta la probabilidad de acceder al poder.

En Chile, ese poder de influencia caracterizó a la derecha durante las dos primeras décadas posteriores a la recuperación de la democracia, durante las cuales ésta no tuvo la necesidad de someter a un cuestionamiento su ideario constituido en gran medida a partir del llamado “Chicago-gremialismo”

En el marco de la competencia entre la Unión Demócrata Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN), ya se observaba durante la década de 1980 un interés de parte de RN por convertirse en un “partido de masas” al estilo de los partidos de centroderecha occidentales, desmarcándose en eso de una UDI presentada como “elitista, doctrinaria y semiautoritaria” (Pollack, 1999). Pero lo que marcó un hito clave para el sector fue la elección de 1999-2000 en la que Joaquín Lavín con su “nuevo estilo de hacer política” (o “cosismo”), y abogando por la superación del clivaje izquierda-derecha, estuvo muy cerca de llegar a la presidencia. Se acuña también desde inicios de 2000 la noción de UDI Popular, que toma como modelo al Partido Popular español, y en 2001 la UDI conoce un despegue electoral inédito para la derecha desde la vuelta a la democracia convirtiéndose en el partido más grande de Chile, gracias al apoyo de los electores centristas (Navia 2000; 2002). Entre 2001 y 2004, Sebastián Piñera impulsa, por su lado, desde su cargo de presidente del partido la reforma de las bases partidistas y estatutos de RN.

Se acuña también desde inicios de 2000 la noción de UDI Popular, que toma como modelo al Partido Popular español.

Este tránsito es revelador de un proceso estratégico y político de moderación programática que implica un acercamiento a posturas de centro, al que la detención de Augusto Pinochet en Londres en 1998 da también un impulso pues permite a la derecha desmarcarse en cierta medida del pasado autoritario (Garretón 2000). Esta moderación se mantiene hasta el primer gobierno de Piñera (2010-2014), que dio continuidad al proceso de expansión de las políticas sociales y atribuciones estatales conducidas por los gobiernos de la Concertación (Fairfield y Garay 2017). Se expresa posteriormente a través de la nueva propuesta liberal de Evolución Política (Evópoli), en particular en el eje socio-cultural e inspirándose en otras experiencias de renovación de las derechas en el mundo (Alenda, Le Foulon y Del Hoyo 2020). Participa por último de estrategias electorales (por ejemplo, cuando Pablo Longueira acuña la noción de “centro social”, luego rescatada por Sebastián Piñera); más recientemente a través de la “derecha social” de Manuel José Ossandón o la autodefinición de Joaquín Lavín como “socialdemócrata”. Los ejemplos abundan y son transversales a los tres principales partidos de Chile Vamos.

Este deslizamiento hacia el centro tiene también efectos concretos en las culturas partidistas constituidas por valores y creencias que van uniendo ciertas familias o tradiciones políticas y les confieren su identidad, dando a su vez forma a prácticas comunes (Biland 2010). Aquello cobra más visibilidad a mayor monolitismo: la UDI transita así de la “comunidad moral” (Weber 1922), basada en un reclu-

tamiento selectivo que busca resguardar su carácter monolítico,¹ a un partido con vocación gubernamental. Al debilitarse ese modelo, el relajamiento del control social interno (Alenda 2014) vio aflorar discrepancias internas entre “doctrinarios” y “pragmáticos”, los primeros defensores de la comunidad moral selectiva y homogénea caracterizada por su poder de influencia; los segundos del proyecto mayoritario. Estas discrepancias tendieron a acentuarse en periodos de crisis; por ejemplo, a partir de diciembre de 2003 cuando la popularidad de Lavín empieza a declinar ante el fenómeno Michelle Bachelet, llevando a RN a optar por un camino propio, lo que agudiza las tensiones con la UDI. Desde los años 2000, los tiras y aflojes que se producen al interior de la UDI tienen como actores clave a, entre otros, los alcaldes cuyo peso electoral supera a veces al de los parlamentarios (Alenda 2014). Consideran que han contribuido al crecimiento de la organización y que no pesan lo suficiente en la toma de decisiones internas. Son más pragmáticos, proclives a los compromisos en materias morales y más abiertos a las reformas tendientes a cambiar el *statu quo*, posturas que terminaron convirtiéndolos en actores protagónicos durante el estallido social y la pandemia (Alenda, Suárez-Cao y Le Foulon 2020).


Estas discrepancias tendieron a acentuarse en periodos de crisis; por ejemplo, a partir de diciembre de 2003 cuando la popularidad de Lavín empieza a declinar ante el fenómeno Michelle Bachelet, llevando a RN a optar por un camino propio, lo que agudiza las tensiones con la UDI

Las reformas políticas iniciadas en 2015 con la sustitución del sistema electoral binominal por un sistema proporcional moderado inclusivo llevaron sin duda a profundizar esos cambios. Además de redefinir las condiciones de la competencia política, el nuevo sistema electoral abrió una oportunidad para las formaciones políticas más jóvenes y pequeñas (como Evópoli), empujando a los partidos más antiguos a adaptarse mediante la ampliación de la parrilla de sus candidatos en las elecciones parlamentarias, cierto recambio dirigencial e ideológico. Otras reformas buscaron fortalecer los partidos políticos y su financiamiento público, marcando un antes y un después en la relación entre el dinero y la política. Al respecto, podemos hipotetizar que la prohibición del financiamiento de campañas por parte de las empresas y la imposición de límites al gasto electoral —con repercusiones sobre la totalidad del espectro político— modificó la relación de la derecha con uno de sus entornos tradicionales:

¹ Jaime Guzmán declara al respecto en el diario *El Mercurio* del 20 marzo de 1988: “Nuestro sector se caracteriza por la homogeneidad de todos sus integrantes y dirigentes” (citado en Alenda 2014: 168).

el mundo empresarial. La alejó en mayor medida de éste y de sus financistas tradicionales, obligando a volcar la mirada hacia el Estado, pero también hacia la sociedad.

La estrategia de moderación programática desplegada desde los años 2000 siguió un camino paralelo a los cambios experimentados por la sociedad chilena desde la transición a la democracia, a los cuales ni las élites de Chile Vamos ni el electorado de derecha han sido inmunes. Encuestas al electorado chileno han revelado en efecto la existencia de posturas cada vez más liberales en lo moral y demandas por una mayor presencia del Estado en la economía. Pero los datos del Latinobarómetro muestran al mismo tiempo que una gran mayoría de la sociedad percibe a la economía de mercado como el único sistema con el que Chile puede alcanzar el desarrollo (Rovira 2020).



La estrategia de moderación programática desplegada desde los años 2000 siguió un camino paralelo a los cambios experimentados por la sociedad chilena desde la transición a la democracia.

Nuestra encuesta aplicada a cerca de 700 dirigentes de Chile Vamos entre 2015-2016 (Alenda 2020), aleatoria en el caso de la UDI y RN y censal en el caso de Evópoli, ha evidenciado también la existencia de un tercio de ellos favorable a aumentar la carga tributaria personal para financiar políticas del ámbito de la protección social y al mismo tiempo de acuerdo con las políticas de focalización del gasto público hacia los grupos vulnerables, a los que categorizamos como “solidarios” por estar dispuestos a socializar un cierto número de gastos. La misma encuesta comprobó empíricamente la existencia de posiciones liberales en lo cultural, ubicadas principalmente en Evópoli (Alenda, Le Foulon y Suárez-Cao 2019). La sociología de aquellos dirigentes refleja además una diversificación tanto de sus perfiles laborales, en los que destacan los profesionales del área de Humanidades, Artes o Ciencias Sociales —un polo intelectual por lo general característico de los partidos de izquierda—, como de los entornos sociales de los partidos que no se circunscriben al mundo empresarial ni a las tradicionales organizaciones más conservadoras y elitistas de la Iglesia Católica (Pelfini y Rueda 2020). El sesgo, si lo hay, podría deberse al hecho de que la encuesta abarcó a la totalidad de la estructura de los partidos (desde lo local a lo nacional), por lo que ese resultado no implica necesariamente que hayan desaparecido los vínculos privilegiados entre dirigentes nacionales y el mundo empresarial —u otros poderes— que seguirían operando bajo la lógica de la influencia. Llama, en todo caso, la atención la mayor presencia en instancias directivas de clases medias o medias-altas, lo que contribuye a explicar ciertos discursos y prácticas.

Lo poco que sabemos sobre los electores de derecha (Cadem, Especial La derecha mira a la derecha, julio de 2020) confirma estas tendencias: entre quienes se identifican con el sector, un 56% lo hace con la centroderecha, un 44% con la derecha; un 48% pertenece a los sectores altos y un 52% se distribuye entre sectores medios y bajos (30% bajos / 22% medios). Se muestran liberales sobre varios asuntos como la eutanasia o el matrimonio de personas del mismo sexo, apoyado por 65% de quienes se identifican con la derecha o centroderecha (Cadem-Encuesta N° 386, 7 de junio 2021). En el plebiscito del 25 octubre de 2020, se estima que entre un 32% y un 50% votó por el Apruebo.² Estos resultados son indicios de que una parte importante, tanto las dirigencias como los votantes de derecha, comparten las demandas de la sociedad por un modelo de Estado solidario y mayores libertades personales.

2.

SENSIBILIDADES Y MATRICES DOCTRINARIAS: EL CONSENSO SOBRE UN MODELO SOLIDARIO

Los inicios del primer gobierno de Piñera estuvieron marcados por el anuncio de la fundación de una “nueva derecha” caracterizada por hacer suyos, como parte de un afán renovador, temas como los derechos humanos, protección del medio ambiente, justicia social, pueblos originarios, además de “reconocer al sistema de protección social como legítimo” (Izquierdo 2010). Sin embargo, el proyecto suscitó resistencias internas (Larraín 2012; Novoa 2012) y quedó en letra muerta. El segundo gobierno de Piñera optó, al revés, por una estrategia defensiva ante el avance de una agenda de izquierda y tendió a fortalecer las posiciones más ortodoxas y economicistas. En respuesta, se agudizaron las críticas hacia un “Chicago-gremialismo” que se habría enfocado demasiado en la racionalidad económica a la hora de entender los problemas de la sociedad, sacrificando la política. Se contrapuso así a una derecha contemporánea “economicista”, una “derecha histórica y política” que no lo habría sido (Herrera 2020). A continuación, mostramos el carácter demasiado maniqueo no solo de esta dicotomía sino de la oposición entre una derecha “economicista” o tecnocrática y una “derecha social” (Quezada 2015). Separamos por último esos usos polémicos de las dos grandes vertientes —el liberalismo y el comunitarismo— a las que estas categorías remiten y a partir de las cuales se está actualmente reconfigurando la oferta política del sector, con mayores coincidencias en el eje redistributivo que en el moral.³

El economicismo ha ocupado un lugar muy importante en la derecha chilena más allá del periodo de la dictadura militar con el que suele ser sistemáticamente asociado. Para empezar, los sectores proclives a un

² Esta estimación se basa en dos encuestas: la encuesta Cadem del 25 de octubre de 2020 muestra que un tercio de quienes declaran ser de derecha habría votado por el Apruebo; en tanto, la encuesta Panel Ciudadano (Plebiscito Nacional 2020), anterior al plebiscito convencional, establece que aproximadamente la mitad de quienes se identifican con la derecha quieren una nueva Constitución.

³ Véase “Stéphanie Alenda: José Antonio Kast fue ungido por Chile Vamos”, *La Tercera*, 24 de enero 2021.

liberalismo económico más ortodoxo mantuvieron importantes grados de control sobre los Partidos Liberal y Conservador (Rumié, Alenda y Fernández 2020). En ambos partidos, las posiciones economicistas hegemónicas tendieron a priorizar la defensa de la propiedad privada y de intereses empresariales por sobre las políticas de intervención estatal contempladas por otros sectores en sus partidos.

El economicismo ha ocupado un lugar muy importante en la derecha chilena más allá del periodo de la dictadura militar con el que suele ser sistemáticamente asociado.

Del mismo modo, la apelación a argumentos de corte tecnocrático y economicista —así como la adhesión a un discurso anti-partidista— estuvo presente en la derecha del siglo XX, en particular en el contexto de algunas contiendas electorales, como la de Jorge Alessandri. Alessandri —el principal líder con quien la derecha disputó la presidencia en la década de 1960— se caracterizó por su proyecto tecnocrático-empresarial. Si bien éste no tuvo plena coincidencia con el proyecto de los *Chicago Boys*, cierta continuidad entre ambos puede ser observada, en particular la de una racionalidad tecnocrática que privilegia en la toma de decisiones la legitimidad técnica y la experticia empresarial por sobre la política. Este ejemplo confirma que el economicismo en la derecha no es patrimonio exclusivo del “Chicago-gremialismo”. Si bien existe un patrón, es anterior al régimen militar. Tampoco podemos suponer que haya sobrevivido incólume hasta el día de hoy pues, teniendo en cuenta las diversas transformaciones del orden económico y político neoliberal desde 1990, existen grados de discontinuidad entre el “Chicago-gremialismo” originado en dictadura y su expresión actual.

Tampoco debe ser exagerada la dicotomía entre una derecha tecnocrática y la derecha social o poblacional que nace en el marco de lo que Valdivia llama la “alcaldización de la política” (2012), la cual dio lugar desde fines de los años 1980 a un nuevo estilo de hacer política. El fenómeno se inscribe en el proceso de municipalización que convirtió a los municipios en el agente estatal más importante. Desde ahí no solo se focalizaron las políticas sociales y se materializó el Estado subsidiario, sino que se resocializó a los sectores populares en los valores del individualismo neoliberal. A pesar de un apoliticismo declarado, esta resocialización implicó una reformulación de la política sacándola de sus escenarios tradicionales —el Congreso o los partidos— y trasladándola a los espacios locales. Se potenciaron así los cuerpos intermedios, los que fueron concebidos como “poder social” (Valdivia 2012, 25). Esta impronta poblacional que enraizó a la UDI en los sectores populares entrega una clave para entender sus éxitos electorales ulteriores. Instaló además cierto modelo de gestión edilicia en el cual el foco está puesto en una administración de carácter tecnocrático, en la que la cercanía con los vecinos busca también garantizar la eficiencia de la gestión.

Por supuesto, no se pretende trazar una línea continua entre esa derecha arraigada en las poblaciones y la “derecha social” acuñada por Ossandón desde 2013 (Ahumada 2018), que ya se había expresado en 2011 a través de la agenda centrada en una “profunda convicción social” de Longueira (formulada luego como “centro social”). Tal como vimos en nuestra encuesta a las élites de Chile Vamos (Alenda 2020), la adhesión a los principios de esa derecha ya caracterizaba transversalmente a un tercio del sector en 2016. También comprobamos que las posiciones más progresistas de Chile Vamos eran sobre todo compartidas por los cargos subnacionales, lo que refrendó el protagonismo adquirido por los alcaldes durante el estallido social y la pandemia (Alenda, Suárez-Cao y Le Foulon 2020). Lo que analizamos como una sensibilidad “solidaria” se vio así realizada por la necesidad de repensar el papel del Estado para hacer frente a ambas crisis. En ese contexto, ha tendido a ser utilizada en el marco de disputas y rivalidades, entre por un lado RN y por el otro la UDI y Evópoli; además de remitir a la construcción de un proyecto político contra-hegemónico radicado en particular en RN.⁴

Tal como vimos en nuestra encuesta a las élites de Chile Vamos (Alenda 2020), la adhesión a los principios de esa derecha ya caracterizaba transversalmente a un tercio del sector en 2016.

Estas diferentes expresiones de la “derecha social” son defendidas por distintos actores políticos, pero también por intelectuales ubicados en una nueva generación de *think tanks* (Alenda, Gartenlaub y Fischer 2020), cuyo pensamiento tiene un parecido de familia⁵ con el comunitarismo tal como lo define el sociólogo Amitai Etzioni (2001), uno de sus principales representantes. Para Etzioni, el comunitarismo constituye una tercera vía que no ataca fundamentalmente al mercado y busca más bien mantener el equilibrio entre Estado, mercado y comunidad. Si bien la noción genera anticuerpos entre los defensores de una derecha químicamente pura que la asocian con los principios doctrinarios de la Democracia Cristiana, lo cierto es que cuando las derechas del mundo buscaron renovarse en el eje Estado-mercado, recurrieron a las tesis comunitaristas por su foco puesto en la sociedad civil más que en el Estado (Norman 2014). La actualización del ideario del Partido Conservador británico durante

⁴ En este sentido, las sensibilidades pueden ser consideradas como ideas “puestas en política” (Rioufrefreyt 2019), lo que se observa por ejemplo cuando un líder se arroga el monopolio de la representación de determinada sensibilidad (Gómez 2020).

⁵ Pablo Ortúzar sostiene, por ejemplo, que “la propia sociedad de mercado no será capaz de sacarse a sí misma de los problemas de integración social en que se ha metido” y llama a “una corrección desde la recuperación de la comunidad política, pero sin confundirla con el Estado” (Ortúzar, 2017: 29).

el mandato del primer ministro británico David Cameron (2010-2016) estuvo por ejemplo marcado por un estilo “compasivo” (Olasky, 2000) en el que el apoyo a las empresas sociales pasó a desempeñar un rol clave, al igual que la noción de “justicia social” (Peele y Francis 2016: 10). El comunitarismo se distingue en este sentido del “estatismo” con el que lo asimilan los defensores más acérrimos de la economía de mercado. Esta corriente de pensamiento halló en particular su lugar en RN, que desde 2014 adhirió a los principios doctrinarios del socialcristianismo. En 2018 pasó a formar parte de la Internacional Demócrata de Centro y puso en marcha la Federación Social Cristiana.

Otra característica del comunitarismo es que rehabilita la subsidiariedad en su sentido positivo, es decir, fiel al espíritu de la Doctrina Social de la Iglesia según el cual el Estado tiene la obligación de intervenir en la economía corrigiendo los defectos de la iniciativa privada. Su ideario autoriza respuestas más acordes con las demandas sociales, mientras su rehabilitación de la política lo convierte en un recurso ideológico importante contra el economicismo. Plantea al respecto que, en tiempos agitados, la propuesta de sustitución de la política por la economía pierde verosimilitud y se vuelve necesario revisar la función tanto del Estado como del gobierno.

El comunitarismo se distingue en este sentido del “estatismo” con el que lo asimilan los defensores más acérrimos de la economía de mercado.

La otra gran vertiente a partir de la cual se está reconfigurando la oferta política de centroderecha es el liberalismo, representado en particular por Evópoli y su defensa de las libertades tanto económicas como civiles. Dentro de Chile Vamos, Evópoli se ha caracterizado por renovar a la derecha en el eje sociocultural (Alenda, Le Foulon, Del Hoyo, 2020). En este partido se encuentra también el germen de la defensa de un liberalismo más adaptado a los tiempos actuales que articula las ideas clásicas de esa doctrina con una concepción de justicia social. Este enfoque liberal ha estado principalmente circunscrito a la agenda anti-abusos, exenciones tributarias, y a la denuncia de una desregulación del mercado que pervierte el principio de competencia de la “sociedad libre”. Sin embargo, recientemente empezó a abrirse paso una narrativa cuya visión de un Estado solidario⁶ establece una clara diferencia con el discurso neoliberal-mercantilista de los años 1980-1990, en aparente conexión con planteamientos globales de refundar el capitalismo para atacar de frente el problema de las desigualdades.

⁶ Véase “Briones: Vamos a reformular la política social y ningún trabajador recibirá menos de \$400 mil”, Publimetro, 31 de mayo 2021.

3.

CONCLUSIÓN

Desde la vuelta a la democracia, el letargo intelectual que caracterizó a la derecha chilena no fue sinónimo de una incapacidad para leer la sociedad y adaptarse programáticamente a sus cambios, lo que comprueba la efectividad de la estrategia de moderación programática iniciada en 1999-2000. Gracias a ese reposicionamiento, la derecha alcanzó en dos oportunidades la presidencia de la República y ganó holgadamente las elecciones de 2017 en las que Sebastián Piñera se convirtió en el mandatario más votado desde 1993 (Emol, 17 de diciembre de 2017). Sin embargo, ante la aceptación cuasi transversal de su modelo de desarrollo, entre 1990 y 2010 la derecha no tuvo la necesidad de construir un proyecto político que se hiciera cargo del llamado “agotamiento del pacto” (Fuentes 2012). En cambio, el nuevo ciclo que abrió el estallido social —y posteriormente varios eventos críticos como los efectos de la pandemia, la derrota en el plebiscito constituyente y la debacle electoral en los comicios del 15 y 16 de mayo de 2021— ha vuelto ineludible la construcción de un proyecto de centroderecha contra-hegemónico en relación a la ortodoxia subsidiaria que había sido la amalgama más fuerte del sector; capaz de repensar el rol del Estado y la relación con la sociedad.

Como vimos, esta moderación programática aparece respaldada por los cambios socioculturales a los que no han sido ajenos ni el electorado de derecha ni sus élites. Descansa también en dos matrices doctrinarias (el comunitarismo y el liberalismo), que combinan los principios de solidaridad y subsidiariedad positiva, aunque pongan el acento, el primero en la realización colectiva, el segundo en la personal. No obstante, aun cuando se observa una convergencia de ambas doctrinas en el eje redistributivo, las cuestiones morales parecen dividir en mayor medida a la coalición, lo que se vio tras el anuncio del presidente Piñera de poner urgencia al proyecto de ley de matrimonio igualitario.

La centroderecha chilena se encuentra asimismo ante una disyuntiva: por un lado, la presión por moderarse se ha agudizado en el contexto de pandemia generando tensiones internas cuando se percibe un desdibujamiento de “la identidad” del sector; por otro, la presión desde la derecha más radical de José Antonio Kast tiende a poner en tela de juicio cualquier desperfilamiento de esa misma identidad. La resolución de ese dilema debería comenzar por reconocer que las identidades y culturas partidistas no son esencias inmutables, que existen “convicciones de derecha” tanto en el apoyo como en el rechazo al matrimonio igualitario, y que es a partir de diferentes familias de pensamiento (Alenda, Le Foulon, Suárez-Cao 2020), que acogen una antropología cristiana y liberal, que se han ido construyendo en el tiempo las derechas chilenas.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahumada, M.J. 2018. La “derecha social”, según Ossandón. *La Tercera Reportajes*, 14.08.2018. <https://www.latercera.com/reportajes/noticia/la-derecha-social-segun-ossandon/243161/>
- Alenda, S., Le Foulon, C. y Suárez-Cao, J. 2019. La batalla por las ideas en tiempos posideológicos: Adaptaciones y permanencias ideológicas en la nueva centroderecha chilena. *Revista de Sociología e Política*, 27 (70).
- Alenda, S., Suárez-Cao, J. y Le Foulon, C. 2020. La derecha chilena en la encrucijada: La contrahegemonía de los liderazgos subnacionales y solidarios. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* 126, 65-87.
- Alenda, S. (ed.). 2020. (43-85). *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Alenda, S., Le Foulon, C. y Suárez-Cao, J. 2020. (87-118). Evolución de las sensibilidades políticas: hacia una nueva centroderecha en Chile. En Alenda, S. (ed.). 2020. *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Alenda, S., Gartenlaub, A. y Fischer, K. 2020. (119-156). “Ganar la batalla de las ideas”: el rol de los *think tanks* en la configuración de la nueva centroderecha chilena. En Alenda, S. (ed.). 2020. *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Alenda, S., Le Foulon, C. y Del Hoyo, S. 2020. (157-189). Evolución Política y la renovación liberal en Chile. En Alenda, S. (ed.). 2020. *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Alenda, S. 2014. Cambio e institucionalización de la “nueva derecha” chilena (1967-2010). *Revista de Sociología e Política (número especial sobre élites)* 22 (52), 159-180.
- Batarce, M.C. 2021. Briones: ‘Vamos a reformular la política social y ningún trabajador recibirá menos de \$400 mil’, *Publimetro*, 31.05.2021. <https://www.publimetro.cl/cl/noticias/2021/05/31/ignacio-briones-sueldo-400mil.html>.
- Biland, E. 2010. (177-192). Les cultures d’institution. En Lagroye, J. y Offerlé, M. (dirs.). *Sociologie de l’institution*. Paris: Belin.
- Charlot, J. 1971. *Le phénomène gaulliste*. Paris: Fayard.
- Duverger, M. 1951. *Les partis politiques*. Paris: Armand Colin.
- Etzioni, A. 2001. *La tercera vía hacia una buena sociedad*. Madrid: Trotta.
- Fairfield, T. y Garay, C. 2017. Redistribution Under the Right in Latin America: Electoral Competition and Organized Actors in Policymaking. *Comparative Political Studies* 00(0), 1-36.
- Fuentes, C. 2012. *El pacto. Poder, constitución y prácticas políticas en Chile (1990-2010)*. Santiago de Chile: ediciones UDP.

- Garretón, M.** 2000. (53-79). Atavism and Democratic Ambiguity in the Chilean Right. En Middlebrook, K. (ed.). *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins.
- Gómez, G.** 2020. Senador Ossandón (RN): “Lavín no es el representante de la derecha social”. *Pauta*, 03.08.2020. <https://www.pauta.cl/politica/senador-ossandon-rn-lavin-no-es-el-representante-de-la-derecha-social>
- Gibson, E.** 1992. (13-42). Conservative Electoral Movements and Democratic Politics: Core Constituencies, Coalition Building, and the Latin American Electoral Right. En Chalmers, D., Campello de Souza, M. y Borón, A. (ed.s). *The Right and Democracy in Latin America*. Nueva York: Praeger.
- Gibson, E.** 1996. *Class and Conservative Parties: Argentina in Comparative Perspective*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Herrera, H.** 2020. Dos derechas, *La Tercera*, 24.06.2020.
- Izquierdo, J. M.** 2010. Nueva Derecha. Ponencia en el Congreso de la Asociación Chilena de Ciencia Política.
- Larraín, L.** 2012. *El regreso del modelo*. Santiago: Libertad y Desarrollo.
- Luna, J. P. y Rovira, C. (eds.)**. 2014. *The Resilience of the Latin American Right*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Mansuy, D.** 2016. *Nos fuimos quedando en silencio: la agonía del Chile de la transición*. Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad.
- Mansuy, D.** 2017 (43-62). Crónica de un fracaso anunciado: el mercado en El otro Modelo. En Fernández, A. (ed.). 2017. *El derrumbe del otro modelo. Una reflexión crítica*. Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad/Tajamar.
- Middlebrook, K.** 2000. *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Navia, P.** 2000. Las presidenciales de 1999 en Chile: ¿hay un nuevo electorado?. *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe*.
- Navia, P.** 2002. ¿Dónde fueron los votos del PDC?. Working Paper, Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Nacional Andrés Bello.
- Norman, J.** 2014. *La gran sociedad. Anatomía de la nueva política*. Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad/Fundación Cientochenta.
- Novoa, J.** 2012. *Con la fuerza de la libertad. La batalla por las ideas de centroderecha en el Chile de hoy*. Santiago: La Tercera-Planeta.
- Olasky, M.** 2000. *Compassionate Conservatism: What It Is, What It Does, and How It Can Transform America*. Nueva York: The Free Press.
- Ortúzar, P. (ed.)**. 2015. *Subsidiariedad. Más allá del Estado y del mercado*. Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad.

- Ortúzar, P.** 2017. (17-41). El otro modelo y la disputa por el sentido de lo público. En Fernández, A. (ed.). 2017. *El derrumbe del otro modelo. Una reflexión crítica*. Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad/Tajamar.
- O’Shea, M.J.** 2021. Stéphanie Alenda: ‘José Antonio Kast fue ungido por Chile Vamos’, *La Tercera Domingo*, 24.01.2021. <https://www.latercera.com/la-tercera-domingo/noticia/stephanie-alenda-jose-antonio-kast-fue-ungido-por-chile-vamos/XN2LG2HKIRH2LFYUF4YULVLMB4/>
- Peele, G. y Francis, J.** 2016. (1-21). Introduction: the politics of Conservative renewal. En Peele, G., Francis, J. (ed.s). *David Cameron and Conservative Renewal. The limits of modernisation?* Manchester: Manchester University Press.
- Pelfini, A. y Rueda, V.** 2020. Las dos caras del entorno social de la nueva centroderecha en Chile. En Alenda, S. (ed.). 2020. *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Pollack, M.** 1999. *The New Right in Chile 1973-1997*. Londres: MacMillan.
- Quezada, J. A.** 2015. Manuel José Ossandón: “Los chilenos deben perder el miedo a decir soy de derecha”. *Qué Pasa*, 28.05.2015. <http://www.quepasa.cl/articulo/politica/2015/05/19-16968-9-manuel-jose-ossandon-los-chilenos-deben-perder-el-miedo-a-decir-soy-de-derecha.shtml/>
- Rioufreyt, T.** 2019. (7-35). La mise en politique des idées. Pour une histoire sociale des idées en milieu partisan. *Politix* 126.
- Rovira, C.** 2020. (31-59). El error de diagnóstico de la derecha chilena y su encrucijada actual. *Estudios Públicos* 158.
- Rumié, S., Alenda, S. y Fernández Abara, J.** 2020. Transformaciones y continuidades: las sensibilidades de la derecha chilena. *CIPER Académico*, 15 de agosto de 2020.
- Sirinelli, J-F. (dir.)**. 1992. *Histoire des droites en France*. Paris: Gallimard.
- Valdivia, V.** 2012. (11-50) La alcaldización de la política: los municipios en la dictadura pinochetista. En Valdivia, V., Álvarez, R. y Donoso, K. 2012. *La alcaldización de la política. Los municipios en la dictadura pinochetista*. Santiago: Lom.
- Weber, M.** 1995 [1922]. *Economie et Société. I Les catégories de la sociologie*. Paris: Plon.
- Ziblatt, D.** 2017. *Conservative Parties and the Birth of Democracy*. New York: Cambridge University Press.

Las prácticas políticas de las derechas: una aproximación desde el Congreso y la vida partidaria

ERNESTO SILVA M.

- Este ensayo aborda las prácticas políticas de la derecha chilena de los últimos treinta años desde la mirada de alguien que ha estado en la cancha de la política, con un foco cercano a la Unión Demócrata Independiente.
- En la primera parte se identifican las distintas etapas en el desarrollo de dichas prácticas.
- En un segundo momento se comentan las diferentes vertientes que se han desplegado en la derecha chilena.
- Una tercera parte refiere a aquellos temas que forman las principales preguntas o dimensiones de discusión en torno a las prácticas políticas. Aquí se analizan el reclutamiento, la selección de cuadros, la alcaldización de la política y el vínculo entre políticos y técnicos.
- El documento concluye con algunos comentarios sobre el impacto que han tenido los cambios en el sistema electoral y la evolución de las marcas individuales en la política chilena de la derecha de las últimas décadas, refiriéndome principalmente a Sebastián Piñera y Joaquín Lavín.

Palabras clave: prácticas políticas, derecha, Unión Demócrata Independiente, alcaldización, Sebastián Piñera, Joaquín Lavín

Este ensayo está abordado desde la mirada de alguien que ha estado en la cancha de la política, que ha experimentado sus altibajos, con un foco cercano a la Unión Demócrata Independiente (UDI), que es el partido desde el cual ha realizado su actividad política y desde donde ha podido conocer su desarrollo.

Mi exposición se estructura en tres partes: en primer lugar, identificaré lo que he podido definir como distintas etapas en el desarrollo de las prácticas políticas, en particular de la derecha chilena. En segundo lugar, comentaré brevemente sobre las distintas vertientes que se han desplegado en dicho sector. Finalmente, me referiré a aquellos temas que forman parte de las preguntas o dimensiones de discusión en torno a las prácticas políticas. Sobre esto último, el primer punto dice relación con el reclutamiento como una forma de hacer política y como una práctica propia de la selección de cuadros. El segundo tema lo desarrollaré realizando algunos comentarios acerca de la pregunta permanente sobre la alcaldización de la política o politización de los alcaldes. El tercer tema corresponde a ciertas reflexiones sobre el vínculo entre políticos y técnicos. Terminaré haciendo comentarios sobre el impacto que han tenido los cambios en el sistema electoral y la evolución de las marcas individuales en la política chilena de la derecha de las últimas décadas, refiriéndome principalmente a Sebastián Piñera y Joaquín Lavín, y cómo eso influye en las prácticas. Concluyo con algunas reflexiones finales.


1.

ETAPAS EN EL DESARROLLO DE LAS PRÁCTICAS POLÍTICAS DE LA DERECHA CHILENA

Las prácticas políticas de la derecha han sido diversas. Sin embargo, es posible identificar particularmente tres etapas. La primera de ella corresponde a antes de la década de 1990, es decir, es una etapa previa a la caída del Muro y caracterizada por la lógica de la Guerra Fría. Un segundo periodo va de 1990 a 2010, y tiene un énfasis muy fuerte en lo que es la derecha de oposición. Finalmente, encontramos una etapa que comienza el año 2010 y que se caracteriza, principalmente, por ser una derecha de gobierno.

La derecha antes de 1990 se definía por un sentido de combate y de lucha, muy influida por las lógicas de la Guerra Fría, previa a la caída del Muro y aún durante el gobierno de Augusto Pinochet. Las autoridades o quienes asumieron liderazgo en la política no estuvieron sometidos al proceso de selección electoral, por lo que había espacio para la práctica más nuclear de las ideas y existía un sentido de poder para conservar y proyectar hacia adelante el ideario que se había construido entre 1973 y 1990.

Para desarrollar una lógica de cuadros y, formados en una dimensión más doctrinaria, se instaló muy fuerte la idea de construir espacios de formación desde las universidades, las que se transformaron en una fuente de reclutamiento y en un espacio de discusión para que los liderazgos pudieran proyectarse después hacia la política. En esta instancia, se hizo evidente la explicitación de posiciones, tanto por la necesidad del contraste como porque, al no existir participación electoral, no había costos asociados que implicaran someterse a un test electoral, cuestión que, como sabemos, no sucedió sino hasta 1989, cuando por primera vez muchas de estas personas reclutadas en la universidad asumieron desafíos electorales individuales. En cambio, lo que sí se proyecta en esa etapa es la necesidad de ir validando después en democracia lo construido en los años 1970 y 1980, y eso generó, en esta lógica “tipo Guerra Fría”, un sentido de ética, una lógica de causa. Esto influye en la manera en que se construyeron tanto la forma de seleccionar a las personas, como las dinámicas de formación y las prácticas de la actividad que se realizaban.



La derecha antes de 1990 se definía por un sentido de combate y de lucha, muy influida por las lógicas de la Guerra Fría, previa a la caída del Muro y aún durante el gobierno de Augusto Pinochet.

La segunda etapa, en la que se puede definir a la derecha como de oposición, va desde el regreso a la democracia hasta el año 2010. Esta es una derecha que, en un primer momento, concentra su actividad en el Congreso, existiendo una tensión permanente entre quienes juegan el rol de ser oposición y otros que también buscan crear acuerdos con los distintos gobiernos de la Concertación. Es una etapa en la que el país logra crear amplios consensos, siempre generando ciertos roces con la derecha en la búsqueda del equilibrio entre defender lo realizado y avanzar hacia nuevos escenarios políticos. Se trata de una etapa donde no existe todavía, al menos en la primera década, la viabilidad o la posibilidad de ser gobierno, lo cual implica la ausencia de un nivel de compromiso con que las propuestas que ahí se plantean tengan la vocación de mayoría para poder ser adoptadas como ideas generales o políticas de cambio.

Gradualmente, se empiezan a sumar los alcaldes ya elegidos que se incorporan a principios de 1990 a la escena política. Cabe recordar que en esta etapa de derecha de oposición la primera bancada de diputados de oposición, si se hace un recorrido de norte a sur tanto en Renovación Nacional (RN) como en la UDI, tiene componentes muy fuertes de alcaldes que vienen designados por el gobierno militar.

En la práctica, lo que comienza a pasar con los años es que quienes han sido elegidos a partir de 1992, y luego en 1996, empiezan a combinarse también con aquellos que vienen de los espacios universitarios, del mundo más programático y de otras fuentes políticas. Esta derecha de oposición paulatinamente va evolucionando y tomando fuerza. En 1999, con la candidatura de Joaquín Lavín, se inicia un coqueteo con la lógica de la mayoría, lo que cambia las prácticas políticas del sector, pues se estima la posibilidad de ser gobierno como algo real. Por lo tanto, las dimensiones programáticas ya no están solo para defender un legado y generar acuerdos, sino la posibilidad de ampliar horizontes para llegar a ser gobierno. De la mano de esta elección, que había tenido un incipiente resultado sorpresivo en 1996 con la reelección de Lavín como alcalde de Las Condes con una votación extraordinaria, el año 2000 se ve potenciado con la elección de una generación significativa de alcaldes para la centroderecha, que es acompañada por una mayoría muy fuerte de un contingente de líderes mayoritarios el año siguiente, quienes desde el Congreso ven la posibilidad de generar acuerdos. Esta es una etapa donde la centroderecha en el Congreso se va articulando con las fuerzas que van quedando antes de las reformas constitucionales de 2005, es decir, los senadores designados y fuerzas que permitían mantener el *statu quo* sin todavía avanzar hacia una plataforma mayoritaria.

En 1999, con la candidatura de Joaquín Lavín, se inicia un coqueteo con la lógica de la mayoría, lo que cambia las prácticas políticas del sector.

La campaña presidencial de 2009, la cual se constituye desde una lógica que busca resolver los problemas de las personas comunes y corrientes, permitió a la centroderecha construir una opción de mayoría. El primer indicio de esta lógica se vio en los resultados de la elección de los alcaldes, pero la transformación comenzó mucho antes, ya que desde la elección parlamentaria de 2001 esta forma de pensar la política se transformó en una fuerza viva del sector que la acompañó desde entonces. Son estos dos hitos, 2001 y 2009, los que marcan las prácticas hacia la construcción de una mayoría, las que obviamente van a tener incidencia tanto en la selección de candidatos como en las plataformas programáticas, pues se empiezan a atenuar miradas más radicales o más sistemáticas en lo programático y se incorporan candidatos que amplían los horizontes y, por lo tanto, hacen más difícil una mirada monolítica.

La tercera etapa en las prácticas parlamentarias es la que se instala cuando Chile Vamos o el sector de la centroderecha llega a ser gobierno. Se trata de una década que hemos vivido hasta ahora, donde más de la mitad de dicho periodo la centroderecha ha estado en el gobierno. Esto tiene implicancias muy significativas en aspectos que van más allá de lo programático y que inciden radicalmente en las

prácticas. Menciono tres ejemplos: el primero es retomar el territorio para el despliegue a lo largo del país, más allá de los municipios; el segundo es volver a reconocer el aparato del Estado y comprender la cantidad de espacios de poder de influencia y de nombramientos de cargos; lo que introduce el tercer punto, que es la colonización de los ministerios, de los gobiernos regionales y de los servicios públicos, tanto para implementar las plataformas de ideas, como para influir en los nombramientos y en las máquinas territoriales que dan lugar a nuevas fuerzas políticas para los cuadros y los partidos. Esto influyó, por supuesto, en la generación de alternativas y cuadros nuevos de liderazgo, que ya no vienen solamente de las universidades o de las alcaldías, sino que emergen y se potencian desde el propio gobierno, algo que la derecha lógicamente no había logrado generar desde el fin del gobierno militar, donde muchos de quienes ejercieron roles de liderazgo pudieron proyectarse. El ser gobierno implica también identificar temas nuevos que son propios de gobernar, involucra la responsabilidad de hacerse cargo de las propuestas y de conseguir mayorías para ese propósito y lidiar con la propia gestión que tanto había predicado la derecha desde los gobiernos locales y que se transforma en algo tan difícil de alcanzar con éxito desde el gobierno central, por las dificultades de conseguir mayoría y por las dificultades propias de las gestiones.

2.

VERTIENTES POLÍTICAS DE LA DERECHA

Corresponde ahora dar paso a las distintas vertientes que, desde mi mirada, se construyen en la primera etapa de las descritas anteriormente. Según el enfoque o el elemento que se utilice para analizarlas, creo que inicialmente es posible identificar dos grandes grupos. Por un lado, una derecha que tiene en común aspectos sociales, pero con un alto nivel de heterogeneidad en ideas y propuestas, acostumbrada a vincularse y canalizar sus fuerzas a través de lo que conocemos como RN. Por otro lado, una segunda vertiente corresponde a una derecha más del “Chicago-gremialismo” —que aplica en mi caso por ambas etiquetas— y que está compuesta fundamentalmente por personas que se fueron incorporando a la política en épocas más recientes, pero con más homogeneidad en torno a la doctrina, a la construcción de un ideario, aunque con los años vaya evolucionando y cambiando.

Estas vertientes articulan sus prácticas políticas más allá de los partidos y lo hacen involucrándose también con organismos de la sociedad civil que, si bien tras el paso de las décadas avanzan hacia el fortalecimiento de esos vínculos con los municipios y sus redes, en una primera etapa parecieran haber estado vinculados, como se ha dicho, a medios de comunicación, a centros de pensamientos, marginalmente a universidades y a otros grupos de poder como, por ejemplo, los empresarios. Desde ahí es donde veo que se articulan las prácticas también para influir y promover las ideas.

3.

PRINCIPALES TEMAS DE DISCUSIÓN RELACIONADOS CON LAS PRÁCTICAS POLÍTICAS

El primer tema que quisiera tratar en esta última parte del documento es el reclutamiento partidario. Obviamente las etapas descritas en la primera parte influyen y se relacionan con éste y otros temas. Durante la primera etapa, el reclutamiento se caracteriza por la captación de liderazgos en las universidades, a través de federaciones —en muchos casos designadas— y centros de alumnos —estos últimos en algunos casos electos—, que luego transitan hacia roles de responsabilidad en el gobierno militar.

Existen dos instancias que nutren de cargos y que generan una conexión con el territorio en esa etapa. La primera de ellas es la Secretaría Nacional de la Juventud, desde donde salen las primeras bancadas de diputados y de líderes de los partidos, y también de personas que llegarán a los municipios como designados. Por otro lado, como se ha dicho, las universidades juegan un rol relevante. Desde ellas se nutre a las directivas de los partidos y se reclutan líderes que logran influir muy fuertemente en la conformación de sus estructuras en el Congreso durante esta primera etapa. Una nota especial sobre este punto es que los alcaldes que saltan al Congreso y a las prácticas parlamentarias de esta etapa son alcaldes que tienen una conexión muy fuerte con la realidad, pero se trata de políticos que han sido designados y no elegidos, y esto estructura su dinámica de incentivos. En ese sentido, la conformación inicial del Congreso a principios de la década de 1990 refleja esta realidad, especialmente en la primera bancada de diputados.

Las estructuras territoriales de los partidos en esa época tienen también algo de vinculación con sus énfasis; por ejemplo, en el caso de RN se observa un fuerte vínculo con redes gremiales, nacionales, productivas y tradicionales. Por otro lado, el hincapié que intenta poner la UDI tiene dos dimensiones: una comunicación fuerte con la elite empresarial e intelectual, y una conexión territorial a través de su departamento poblacional, lo que da origen a partir de 1990 a lo que se conoce como UDI popular.

Luego, en la segunda etapa —llamada de oposición— las universidades siguen siendo importantes. Por ejemplo, en el caso de la UDI, desde allí llegan personas relevantes, como Darío Paya, Marcela Cubillos, Marcelo Forni, Rodrigo Álvarez, solo por mencionar algunos ejemplos. Pero se incorporan también alcaldes que asumen liderazgos muy relevantes y que se suman a las prácticas políticas, acompañando por mucho tiempo a la UDI, como es el caso de Carola Plaza y Mario Olavarría.

Con el paso de los años de este periodo de oposición, el avance de las estructuras partidarias va generando también liderazgos locales, que no tienen su origen en la etapa anterior, y que da espacio tam-

bién a algunos caudillismos, por llamarlos de alguna forma, que se van proyectando en la selección de candidatos, los nombramientos, entre otras prácticas.


En la tercera etapa, referida como de gobierno, en términos de reclutamiento las universidades siguen siendo un elemento clave, pero en este caso no solo para la selección de miembros del Congreso, sino también para la formación de equipos de gobierno a través de personas que han cumplido liderazgos estudiantiles y responsabilidades en otras áreas relacionadas como los centros de pensamiento. Se incorpora en este momento con más fuerza la vinculación de los centros de estudio a la actividad de la política pública, ya no solo aportando desde las ideas, sino desde la acción. Esto queda muy claro en el primer gobierno de Piñera, donde desde los *think tanks*, como por ejemplo Libertad y Desarrollo, entran personas como Cristian Larroulet, Ena von Baer, Felipe Kast, Gonzalo Blumel, entre otros, quienes asumen responsabilidades ministeriales y, en algunos casos, incluso cargos parlamentarios. Se trata también de una etapa donde la transición de roles de gobierno empieza a generar una función de reclutamiento para proyección; así, por ejemplo, varios de los intendentes del primer gobierno de Piñera asumen responsabilidad de candidatura y se incorporan al Senado. De esta forma, entonces, el reclutamiento en esta tercera etapa amplía los horizontes y es la propia experiencia de gobierno la que marca un punto.

El avance de las estructuras partidarias va generando también liderazgos locales, que no tienen su origen en la etapa anterior.

El segundo tema de esta tercera sección del documento es el papel de los alcaldes. Los ediles han recorrido un largo camino en la política de la derecha chilena. Obviamente, durante los primeros años del retorno a la democracia se incorporan alcaldes que habían tenido roles con anterioridad al gobierno militar, y también alcaldes designados. Sin embargo, el punto de inflexión se da con la elección de Lavín en 1996, que plantea la posibilidad para que, desde un gobierno local, la centroderecha pudiera mostrar que era posible ofrecer una alternativa de gestión y gobierno a la de la Concertación. Esto permitió generar una mayoría más amplia que hizo posible a la centroderecha llegar al gobierno en 2010. Mostrar una alternativa desde lo municipal movilizó a muchas personas a realizar contrastes ya no solo en el plano de las ideas, sino también en el plano de la acción, que se transforma en una práctica relevante y sistemática. Además de ser un ejemplo de acción dentro de la centroderecha, los alcaldes hacen una apuesta por ser interpretadores o lectores de la realidad, y complementan su acción política acompañando los cambios del sector e impulsando al sector a entender esos cambios y reflejarlos en su apuesta programática.

Una última consideración sobre los alcaldes. Si consideramos las prácticas políticas de la centroderecha al regresar la democracia, los parlamentarios tenían una alta valoración, mucho más que los alcaldes. Era el retorno de una institución; así lo relatan ellos mismos cuando describen lo que vivían en los primeros momentos de la década de 1990. El deterioro en el prestigio del Congreso y la conexión real de las personas con los alcaldes ha incidido en las prácticas políticas de la derecha porque muchos observan que no hay una especie de *delivery* en los diputados y senadores, que sí observan en los alcaldes. Ello ha ido acompañado también del fortalecimiento de los alcaldes como figuras de atracción y generación de redes e influencias políticas que las proyectan también hacia el nombramiento de concejales, incluso diputados y autoridades regionales. La derecha utiliza el municipio, a mi juicio, como una forma de conectarse con la realidad desde las soluciones y no desde la problematización. Está por verse si esa seguirá siendo la plataforma con la cual se construirán poderes políticos.

Termino el punto de los alcaldes señalando que se observa un balance cada vez mayor en el poder interno de los partidos como práctica política entre el poder parlamentario y el poder de los alcaldes, y se traduce en su capacidad de organización del territorio, en su posibilidad de tener presencia en la opinión pública en temas que le importen a la ciudadanía y en mover las fronteras de las posiciones del sector en los debates.




El deterioro en el prestigio del Congreso y la conexión real de las personas con los alcaldes ha incidido en las prácticas políticas de la derecha porque muchos observan que no hay una especie de *delivery* en los diputados y senadores.

Un tercer tema en lo relativo a las prácticas políticas es el vínculo entre políticos y técnicos. Es larga la trayectoria entre la relación de políticos y técnicos en la centroderecha; así ha sido documentado y debatido. La derecha programática o doctrinaria se construye del trabajo clave entre políticos y técnicos, y en eso yo recurro a más atrás, al rol que tuvieron, entre otros, Roberto Kelly y Miguel Kast en la articulación y el sentido de urgencia de seleccionar personas con solidez técnica, pero que tuvieran vocación de influir en política. Así, por ejemplo, el rol de Miguel Kast es tanto recordado por quienes lo conocen en su plano de defensa de las ideas y la promoción de un conjunto de políticas públicas, como en su capacidad de reclutamiento para que esas personas con un ideario entraran en acción a lo largo de todo Chile. Y en eso también influye la disposición de Jaime Guzmán para abrir

espacios a conversar con los técnicos e incorporarlos en una plataforma política. Esto se ha traducido en ejemplos muy concretos en las últimas décadas, y lo que se observa a mi juicio en una evolución de los técnicos hacia un perfilamiento más político. De hecho, Hernán Büchi, ministro de Hacienda, fue candidato presidencial; Julio Dittborn, un economista de Chicago y técnico, fue presidente de la UDI, diputado y compitió por el Senado; Evelyn Matthei, alcaldesa hoy de Providencia y diputada por RN, en los primeros tiempos desarrolló su experiencia vinculándose como técnica en el área de pensiones en los primeros tiempos del gobierno militar; Lavín, por su parte, comenzó como asesor junior en ODEPLAN. Por lo tanto, existe una vinculación muy fuerte a lo largo de la trayectoria de las prácticas políticas entre el mundo técnico y el político.


En ese sentido, el rol de instituciones como Libertad y Desarrollo, la Fundación Jaime Guzmán, el Instituto Libertad, o de instituciones más independientes como el CEP, ha sido muy relevante en la generación de una articulación dinámica de confianza que permita generar una propuesta de valor para dar sustento a la acción política de los grupos de derecha. Sin embargo, si se observa la realidad, encontramos hoy que los ejes ideológicos o programáticos se han desdibujado. Así, también se ha instalado una práctica política transversal entre los diferentes sectores, los cuales buscan desacoplarse de la naturaleza misma de la política y se han acercado a prácticas más parecidas a las del mundo de las comunicaciones masivas.



Por lo tanto, existe una vinculación muy fuerte a lo largo de la trayectoria de las prácticas políticas entre el mundo técnico y el político.

En lo relativo al sistema electoral, las reglas del juego y los incentivos que se entregaban a agentes políticos cambiaron drásticamente producto del fin del antiguo binominal. Durante la existencia de éste, el margen de seguridad —umbral de votos necesarios para asegurar un puesto— entre candidaturas de alcaldes y congresistas era relativamente similar, situación que permitía a los partidos llegar a acuerdos de manera más sencilla para configurar negociaciones y establecer pactos programáticos de largo plazo. Con el nuevo sistema proporcional se produce un desacople entre los incentivos que genera el mecanismo de selección de congresistas y alcaldes, lo cual se traduce en una mayor fragmentación y atomización del sistema de partidos a nivel del Congreso. Esta misma situación no ha ocurrido con similar fuerza en el caso de la política municipal, en donde alcaldes han demostrado la capacidad de cruzar fronteras con sus adversarios políticos, manteniendo las prácticas y acciones que se exhibieron durante los últimos veinte años. Esta diferencia producirá una tensión constante, y se debe observar con especial cuidado y atención su evolución en el tiempo.

Sumado a lo anterior es relevante aproximarnos a cómo opera la práctica de la construcción de marca de identidad frente a un personaje específico, como es el caso de Sebastián Piñera o en su momento Joaquín Lavín. Cada uno de estos posicionamientos han servido como un nuevo eje en la acción política de las derechas, y de alguna forma se transforman en un elemento articulador de poder y de grupos que, por una parte, exceden el límite natural de los partidos y, por otra, logran cruzar fronteras para ir más allá de los institutos ligados al sector. Este proceso de identificación con una figura se traduce en plataformas que permiten una conversación entre lo programático y lo social, integrando a los partidos —como la UDI, RN, Evópoli, e inclusive el Partido Regionalista Independiente (PRI) o Republicanos— en una dinámica distinta a las lógicas anteriores, y da nuevos espacios de práctica política de cara al futuro.



Sumado a lo anterior es relevante aproximarnos a cómo opera la práctica de la construcción de marca de identidad frente a un personaje específico, como es el caso de Sebastián Piñera o en su momento Joaquín Lavín.

Termino con algunos comentarios de futuro. En primer lugar, creo que la centroderecha ha logrado, a lo largo de estas décadas, juntar su experiencia de oposición y gobierno; sin embargo, eso aún no termina de madurar y cuajar. Se trata de una mezcla de experiencia y aprendizajes que requieren de una transición para una síntesis de un proyecto de mayoría a futuro. En segundo lugar, ha habido una evolución muy significativa y rápida de una sociedad que demanda una adaptación mayor del mundo político, especialmente de la centroderecha, para lograr el equilibrio entre tener sus ideas y expresarlas para interpretar la realidad y lograr convocar a una mayoría. Por último, una reflexión que no pretende ser autocomplaciente, pero sí permite al menos establecer ciertos puntos en mi mirada sobre el futuro: a pesar de todo, este ha sido un proyecto que ha sido exitoso, defendió a un gobierno militar, construyó un rol de oposición que le permitió establecer acuerdos en alguna época, ha contribuido al progreso de Chile, ha logrado ser gobierno dos veces y tiene todavía, con todos los defectos e inconvenientes de los procesos que enfrentamos, incluido Octubre de 2019, el proceso constituyente y otros, una opción de proyectarse hacia el futuro como una alternativa de gobierno. La veo, tanto en las ideas como en su práctica, mucho más heterogénea y diversa, y con vocación de mayoría.



CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Cada artículo es responsabilidad de su autor y no refleja necesariamente la opinión del CEP.

Director: Leonidas Montes L.

Editor: Juan Luis Ossa S.C.

Diagramación: Pedro Sepúlveda V.

[VER EDICIONES ANTERIORES](#)

